



Mi querido Edmundo¹

LEOPOLDO BLEGER²

Cuando Guio me anunció tu muerte, y después de haber superado un poco la incredulidad y cierta sideración, muchos recuerdos afluyeron a mi memoria.

Antes que nada, pienso en el grupo de trabajo de finales de los 70 y principios de los 80. Habías aterrizado en París huyendo de la dictadura en el Uruguay. ¡Una dictadura en Uruguay! Diez años antes, la cosa nos habría parecido increíble. Ese grupo reunía a muchos de los que tratábamos, de una manera u otra, de proseguir el compromiso. También tratábamos simplemente de entender lo que nos había sucedido y mantener el calor. El invierno de París había ganado a pesar de la solidaridad de nuestros colegas y de todos aquellos a quienes las palabras *democracia*, *socialismo* y *justicia* seguían diciéndoles algo.

Pienso en nuestros conocidos y amigos comunes del Uruguay: Maren y Marcelo Viñar, Gloria y Julio Martino, Elsa y Daniel Gil, Guillermo Bodner, Luisa, que se fue hace ya tiempo, en tantos otros. Hablábamos de nuestros exilios y de nuestras penas. Siempre contabas como si fuera la primera vez cómo «el Negro Grande» los había recibido en Buenos Aires a Assia y a vos, que llegaban de Montevideo casi sin equipaje. Alguien que no conocías y que no los conocía, pero que los ayudó sin hacer preguntas a embarcar para Francia. Parecen tan lejanos ese período y el espíritu que lo animaba. En realidad, hace más frío ahora que entonces.

Tenías la rara capacidad de guardar unidos la fuerza del compromiso y el poder de la palabra para así elevar la lucha desesperada de las Madres

1 Palabras proferidas en el funeral de Edmundo, 8 de marzo del 2019.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia. leopoldo.bleger@gmail.com

de la plaza de Mayo a la altura de la tragedia griega. A menudo volví a ese libro, a ese texto en particular, *El lugar de las madres* (*La place des mères*), para tratar de atrapar el secreto que te permitió reunir en un solo hilo la lucha política y el punto de vista psicoanalítico con un lirismo sin énfasis.

Desde tu llegada a Francia, trataste, a través de la escritura, de dar cuenta de la experiencia del exilio. Tus largos años de trabajo en el Centro Minkowska (el centro de consultación psiquiátrico para los refugiados) te permitieron conocer muchos destinos de pérdida a lo largo del mundo y no solo en América Latina. Pérdida de la tierra nativa y de su idioma, pérdida de las amistades, de los olores y sabores tan indescriptibles como persistentes.

Quizás fue tu pasión por la filosofía y por la literatura... no, por la poesía, que te permitió encontrar un estilo tan tuyo, tan reconocible por el lirismo del tono, por la precisión de las frases y por la fuerza de evocación. Encontrar en las experiencias más cotidianas y en las miserias que nos hace la vida el desafío... ¿cómo calificarlo?, ¿trágico? Puede ser. O más bien, la dimensión profundamente humana de nuestras vidas. Una humanidad que habla con la historia.

Tal vez por eso tu encuentro con la poesía y el destino de Juan Gelman era inevitable. Gelman respiraba la poesía, su destino era la poesía. Si Gelman no dudó en retorcer la sintaxis de la lengua castellana para hacer oír su voz, vos lograste ceñirte a la sintaxis de esa endiablada lengua francesa que tanto amabas (hasta el punto de haber traducido Baudelaire al castellano) para explotar todos sus recursos. Simplemente escuchando: ese intraducible *la place des mères*, jugando con el doble significado en francés de la palabra *place* ['lugar' y 'plaza'] y la asonancia de la palabra *madres* con el mes de mayo para cambiar el nombre de la *plaza de Mayo* (¡algo imposible en el idioma de origen!). Esa plaza donde aún hoy todos los jueves a principios de la tarde mujeres con un pañuelo blanco ceñido a la cabeza marchan alrededor de la Pirámide de Mayo para reclamar la aparición con vida de los desaparecidos. ¡Más de cuarenta años después! Una demanda imposible cuya raíz supiste encontrar en Antígona.

Unas palabras más para recordar nuestros encuentros. En los primeros años fueron a menudo en la parrillada que los uruguayos habían abierto en la rue Voltaire. Más tarde, simplemente en un restaurante a condición

de que la carne fuera buena. Pasábamos revista a las noticias del momento, hablábamos de los chicos (¡ah!, ¡tus hijas!), luego de los nietos, de los proyectos, de la APF, tan importante para vos. ¡La vida! La vida, simplemente, incluso ahora que la muerte consiguió atraparte. ♦